

El lado oculto de la historia

El lado oculto de la historia

José Miguel Vallejo Knockaert



Ediciones Corona Borealis
COLECCIÓN OBSERVATORIO

El lado oculto de la historia - José Miguel Vallejo Knockaert

© José Miguel Vallejo Knockaert, 2015.

© Ediciones Corona Borealis, 2015.

Pasaje Esperanto, 1

29007 - Málaga

TEL. 951 088 874

www.coronaborealis.es

www.edicionescoronaborealis.blogspot.com

Diseño y maquetación: Litoral Inc.

www.litoral.com

Imagen de cubierta: Fotolia

Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-15465-95-9

Depósito Legal: MA 784-2015

Distribuidores: www.coronaborealis.es

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo I	11
Capítulo II	15
Capítulo III	20
Capítulo IV	24
Capítulo V	30
Capítulo VI	35
Capítulo VII	40
Capítulo VIII	44
Capítulo IX	50
Capítulo X	55
Capítulo XI	61
Capítulo XII	68
Capítulo XIII	73
Capítulo XIV	81
Capítulo XV	87
Capítulo XVI	96
Capítulo XVII	101
Capítulo XVIII	106
Capítulo XIX	112
Capítulo XX	119

PRÓLOGO

Siempre pensé que la historia debía ser estudiada *detectivamente*. Así lo he hecho durante largos años. No hay, además, viaje que no haya aprovechado para apreciar de cerca los lugares históricos que mis medios y mi tiempo me han permitido conocer. A todos los he examinado como a un *sitio de suceso*, para extractar de ellos su trasfondo oculto.

Esta obra se debe plenamente a esa inquietud y contempla hechos de la historia mundial y local encadenados por procederes morales deplorables del ser humano. Develarlos, proponerlos como estudio y abarcarlos progresivamente, ha sido mi intención primordial.

El autor.

I

Sin duda alguna, el imperio de Gengis Kan no se hubiera desarrollado alcanzando la forma y la expansión que logró, sin el liderazgo de su principal impulsor. Pero, lo más interesante de la presencia conquistadora de los mongoles, a partir de Gengis, no fue el territorio enorme que abarcó, sino claramente la falta absoluta de un propósito elevado a la hora de su expansión. Porque, a diferencia de otras culturas que perseguían sinceramente o aparentaban que perseguían un afán religioso, el propósito único de los seguidores de Gengis decididamente fue el saqueo. Es lo que se conoce como un *fin desquiciado*.

Ni siquiera podemos decir en favor de este brutal líder que él mismo era alguien cercano a la intelectualidad o a la espiritualidad. Nada de eso. Su carrera de sangre y muerte sólo reconocía la bestialidad más extrema como la única expresión valedera de conquista y así lo hizo notar en los vastos territorios que asoló, violando y asesinando a su antojo, en busca de un botín inmediato para sus hordas criminales.

El mismo se regía bajo el dogma de esa brutalidad, desechando siempre las comodidades muelles que le ofrecían otros pueblos que caían bajo su bota cruel. Tampoco se interesaba en recoger a su paso el fruto fértil de los conoci-

mientos milenarios y la filosofía, las matemáticas, la astronomía y las propias religiones extranjeras sólo fueron para él algo digno de su indiferencia. Le bastaba su toldo de fieltro y dirigir a sus hombres, como langostas depredadoras, cabalgando incansables con un trozo de charqui debajo de sus monturas, dispuestos a llegar al fin del mundo donde hubiera un pueblo al que robar.

De Atila no podemos decir algo muy distinto. Otra cosa es hablar, sin embargo, de Kublai Kan, descendiente de Gengis y, porque no decirlo, de otras hordas herederas de los mongoles, como los manchúes que, lejos de depredar, hicieron de los pueblos y de las culturas avasalladas algo suyo, a veces muy superior y hasta refinado.

En no pocos casos, como en el subcontinente indio, fueron dignos expositores de la tolerancia absoluta frente a las religiones, cultivando las ciencias a veces de manera novedosa y trascendente. Merecieron, inclusive, a la hora de ser avasallados ellos mismos por los ingleses, el respeto que ofrece el vencedor a una cultura avanzada.

El *fin desquiciado* ha sido, al fin de cuentas, una constante más o menos disimulada en la expansión conquistadora de no pocos pueblos. El disfraz podía ser auténtico o mentiroso, queda claro. Sargón II y Asurbanipal, reyes asirios, por ejemplo, no fueron muy distintos de Gengis Kan o de Atila a la hora de depredar y se enorgullecieron abiertamente del desollamiento de sus víctimas, del corte de orejas y narices y de incontables brutalidades más. Pero algo muy especial los distinguía: su afición por los textos de lecturas. Han llegado algunos trozos de su célebre biblioteca, iniciada por el primero y engrandecida por el último, en forma de tablillas arcillosas con letras cuneiformes.

Aun así, no podemos afirmar que en este caso se trataba de un disfraz. El afán intelectual, tan singular en estos reyes, no pretendía de modo alguno disimular su feroci-

dad detestable y sólo era, casi, un preludio del interés constante de los pueblos mesopotámicos que, como los babilonios, evidenciaron un marcado afán por el conocimiento y la posesión de las ciencias. Todavía le debemos entre una multiplicidad de cosas a este asombroso pueblo, nuestra configuración de las 24 horas del día, los 60 minutos de una hora, los 60 segundos de un minuto y ni hablar de su incursión increíble en el sistema sexagesimal o de las numerosas tablillas matemáticas que constituyen su obsequio desinteresado a la posteridad.

Los babilonios no necesitaban ser conquistadores. No hubo pueblo ni cultura en los alrededores, en su época y después de ella que no se sintió conquistada por su civilización avanzada o que no fue influenciada, aún a distancia, por sus aportes.

No obstante la *gran heredad* de este pueblo no era ni siquiera su curiosidad insaciable por la ciencia o sus grandes logros arquitectónicos, sino su afición innegable por el aspecto *moral*. No uno que supeditase la religión, como ocurriría con decenas de civilizaciones, sino más bien de una postura práctica de una sociedad que clamaba por el orden. Así nos encontramos con Hammurabi y con sus primitivas incursiones en la ley que debe ser representada, desde la perspectiva de la sanción, a los integrantes de una comunidad. Señales simples, precisas, observables y, por sobre todas las cosas, *respetables*. Hammurabi deseaba que sus leyes se respetaran y en ese respeto *omnipresente* fundamentaba el orden y el progreso inmediato que emanaba de su seguimiento. Por eso, en esencia, este gran gobernante y su pueblo, fueron *moralistas*. O sea, individuos incapaces de pasar por encima del prójimo, sin entender que este posee y merece derechos de protección que son *propios y ajenos*. Nada complicado, en realidad. Las leyes, en definitiva, más y menos sofisticadas, también serían una constante en las

civilizaciones del futuro. Lo que cambiaría radicalmente en torno a ellas y sus múltiples interpretaciones, sería aquel aspecto de lo moral que en Hammurabi, aun cuando fuera una cincelada en la piedra bruta, era prístino como un amanecer soleado. Y es que el concepto del orden regido por el respeto a las leyes llevaba consigo, desde sus inicios, un talón de Aquiles: *su afán de proteger lo privado*.

CAPÍTULO II

Ya lo había advertido Jean-Jacques Rousseau, cuando hablaba del hombre primitivo que ponía cercos en torno a *su propiedad*. La propiedad privada arrastraba en sus cimientes la injusticia. La de aquellos que quedan fuera del cerco y que no poseen nada o poseen menos de lo elemental. Claramente y sin temor a errar, hablamos de la inmensa mayoría pobre del mundo. Mayoría que a través de las distintas épocas y pueblos, debían y deben respetar las leyes que aconsejan ante todo no apoderarse de lo ajeno, *porque está penado*.

Algunas comunidades, como los Incas, en América, disfrutaban antes del arribo de los españoles de una comunidad *casi* socialista, dentro de la cual la tierra y los bienes beneficiaban a todos, bajo el paraguas omnipotente y protector del Inca. El concepto del deber, claramente, sustituía todo atisbo de ley sofisticada y no había quien faltara a ello, consciente que debía trabajar para los demás y el Inca y que podía también requerir del Inca y de los demás cuanto le era necesario.

Cada integrante de la comunidad inca podía contar de manera segura con un tramo de tierra para dedicarla al cultivo. Le llamaban *tupu* y era un derecho inalienable. No existía un *ayllu* o grupo familiar que no contara con los su-

ficientes *tupus* para su sobrevivencia y, mejor aún, todos los agricultores saludables debían sembrar aquellos otros que pertenecían a los hombres demasiado ancianos, a los convalécientes y a las viudas. Tampoco olvidaban construir en el momento oportuno la vivienda donde debería vivir cada matrimonio recién constituido. Por cierto, sólo se tranzaba con trueques y estos correspondían a un considerable número de productos agrícolas, minerales e incluso artesanales. De tal manera que no había nada que se asemejase, ni siquiera cercanamente, al *valor moneda*.

Pero los españoles venían con un criterio muy diferente. Francisco Pizarro, al momento de rayar el suelo en Tumbes, ya lo tenía muy claro: ¡estaban allí, ante todo y por sobre todo, para enriquecerse! Como disfraz vistoso, llevaban consigo la cruz, los sacerdotes y la religión. El fraile dominico Vicente de Valverde, tirando ostentosamente la biblia, luego que el Inca se la pusiera en un oído para demostrar que aquellas letras no le hablaban, constituye una apología de cuanto, exactamente, venían dispuestos los religiosos a *justificar*.

En aquella triste jornada, en Cajamarca, se trató ni más ni menos que de la señal para que los españoles masacraran a los acompañantes de Atahualpa, sin importar que habían sido traídos a la plaza engañados con una solemne y pacífica invitación. Los hispanos los alancearon hasta que el cansancio y la llegada de la lluvia y la noche los conminaron a detener la terrible carnicería, no sin antes dejar en el estrecho «cuadrilátero» más de dos mil indios asesinados, muchos de los cuales habían levantado paredes humanas para proteger al inca Atahualpa que, de todos modos, acabó siendo aprisionado.

No se compadeció el Inca, por cierto, de sus hombres caídos. No solía en realidad hacerlo nunca, porque la crueldad más extrema lo caracterizaba. Era el hijo inesperado de

Huayna Cápac y de la princesa Tucuy Jallpa, hija del jerarca de los *karas*, de Quito, a quien el Inca había ultimado luego de una sangrienta batalla. Contaba en el Cuzco con otro hijo a quien correspondía la sucesión. Se llamaba Huáscar y había nacido diez años antes que Atahualpa. Pero en cuanto Huayna Cápac falleció el conflicto quedó al descubierto, aunque se sostuvieron ambos parientes en paz por casi siete años, luego de los cuales la rebelión manifiesta del hijo de la princesa quiteña desencadenó la guerra civil. En la batalla definitiva, aunque parezca increíble, murieron ciento cincuenta mil combatientes.

Fue la singular estratagema de uno de los generales de Atahualpa –Calcuchimac–, la que permitió apresar a Huáscar. Vistiéndose como el Inca y disfrazando a sus soldados, consiguió que las huestes que permanecían en el Cuzco salieran a congraciarse desarmados, creyendo que el gobernante regresaba triunfante. En ese instante los soldados de Atahualpa atacaron a mansalva a sus sonrientes anfitriones, exterminando a los últimos hombres que podían defender al hijo legítimo de Huayna Cápac, que capturado, tuvo que presenciar como torturaban hasta la muerte a sus hijos y a su esposa favorita, su hermana Coya Miro, hermana por añadidura también de Atahualpa.

Pero este, no contento todavía, ordenó asesinar a la totalidad de los niños y las mujeres que pudieran tener sangre real. Así dio muerte a sus propias sobrinas, tíos y primas, a las que colgó de los pechos y a otras de los cabellos, obligando a algunas a sujetar en sus brazos hasta que las vencía el cansancio a sus hijos de corta edad. Una crueldad ilimitada, de la cual el nuevo inca se satisfacía pérfidamente, como los asirios y los mongoles. Los españoles, por su parte, no eran mansas palomas. Engañarían ladinamente al Inca prisionero con el famoso llenado de oro y plata de la habitación, cuyas medidas él mismo, con una ingenuidad

mayúscula, les había demarcado a cambio de su liberación. Finalmente lo matarían. Seguido a eso, el saqueo se convertiría en una norma y ni aún la astucia de los indígenas queriendo separar a Pizarro de su socio Diego de Almagro, haciéndole creer al último que en Chile encontraría riquezas mayores, les sirvió en sus débiles intentos de rebelión.

Antes de su muerte, sin embargo, Atahualpa jugó otra carta aborrecible. Como sabía que Huáscar, desde su prisión, les había hecho llegar a los hispanos el ofrecimiento de un subido rescate por su liberación, el quiteño le hizo creer a sus captores que su hermano había caído asesinado. Cerciorándose de que los castellanos no mostraban demasiado interés en el asunto, que es lo que el inca quería medir, ordenó subrepticamente que mataran realmente a Huáscar, el que por orden suya fue asfixiado y luego lanzado su cadáver a un caudal, de manera que nunca fuera hallado. Un acto todavía más siniestro, puesto que encerraba la condenación de no encontrar jamás el descanso, que era lo que le acontecía según la creencia indígena, a los cuerpos que no se sepultaban.

La crueldad de los hispanos tampoco tuvo límites y seguiría desarrollándose en el suelo conquistado aún muchos años después, con la anuencia de reyes y virreyes, de gobernantes y generales. Baste recordar a Túpac Amaru II –José Gabriel Condorcanqui Noguera– y su terrible asesinato –1781–, desmembrado a tiro por cuatro corceles, no sin antes obligarlo a presenciar la tortura y crimen de sus seres más queridos. Sus amigos primero y luego su esposa y sus hijos. A él se le cortó la lengua y ciertamente, al quedar dislocado completamente, se acabó con su vida finalmente por medio de la decapitación. Todo un lujo de salvajismos.

Aunque no es posible pasar por alto, para ser rigurosos en el curso de nuestra crítica, que la original inconformidad de Condorcanqui no nacía del lado *ideológico*

independentista, sino de una inconveniencia económica «personal». Fue una lucha de alzas de alcabala y de pagos de aduana que perjudicaban directamente la prosperidad de sus extensos territorios heredados. Luego el conflicto se fue extendiendo y tomó los ribetes que lo llevarían a encabezar una verdadera lucha armada, no contra el rey, como él sagazmente sostenía, sino contra los corregidores. Entre sus aspectos más simpáticos, sin duda alguna, se cuenta su interés por liberar a los negros de la esclavitud. Una medida que recién los primeros republicanos de la América hispana harían suya.